

## EL LENGUAJE EMBLEMÁTICO DE LAS GEMAS

VÍCTOR MÍNGUEZ

Universitat Jaume I. Castellón

Los estudiosos de la ciencia emblemática estamos acostumbrados a descifrar jeroglíficos confeccionados a partir de motivos extraídos de la naturaleza, generalmente animales y plantas. Son mucho menos habituales sin embargo —con la excepción si cabe de los emblemas alquímicos—, las composiciones que giran en torno a las propiedades y características de las piedras. Y sin embargo, éstas no están completamente ausentes en los emblemas librescos —nunca lo estuvieron en el universo de los símbolos, desde los lejanos lapidarios medievales—, y menos aún en los jeroglíficos urbanos, sobre todo si se trata de piedras preciosas. Precisamente, en 1739 y para las exequias novohispanas de doña Gertrudis de la Peña, marquesa de las Torres de Rada, los jeroglíficos que adornaron el túmulo compusieron una serie de emblemas pétreos que metaforizaron las distintas virtudes de la difunta. Su estudio nos permite conocer el significado de las piedras preciosas en el lenguaje emblemático, en un marco cultural aristocrático y rococó.

La fuente fundamental que hemos utilizado en el análisis de la mencionada serie de jeroglíficos lapidarios es la crónica del jesuita Francisco Javier Carranza, que tiene el elocuente título *Llanto de las piedras*<sup>1</sup>. Este texto contiene mucha menos información de la que es habitual en las crónicas de exequias, ya sean europeas o americanas. Carranza no incluye ninguna descripción del catafalco —del que sólo sabemos que tuvo siete cuerpos<sup>2</sup>— y de los restantes adornos luctuosos, ni relata como transcurrieron las honras, ni menciona los personajes ilustres que en ellas participaron. Se limita a recoger el

---

1 La referencia completa es Francisco JAVIER CARRANZA, *Llanto de las piedras en la sentida muerte de las mas generosa Peña. Debidas honras, y solemnes Exiquias, queà la mui Ilustre Señora Marquesa de las Torres de Rada, la señora doña Gertuis dela Peña, celebró la Casa Professa de Mexico, como à fundadora de su magnifico Templo, Benefactora Insigne de la Compañia de Jesus (...)*. En Mexico, en la Imprenta de D. Francisco Xavier Sanchez, en el Puente de Palacio. Año de 1739.

2 Probablemente consistió en una sencilla gradería de siete escalones.

texto del epitafio y otras inscripciones latinas, y los venticuatro jeroglíficos que adornaron el túmulo.

Lo que sí que nos dice naturalmente Carranza es cuál fue el marco de las honras fúnebres y la finalidad de éstas. Las exequias tuvieron lugar en el templo de la Compañía de Jesús en la ciudad de México, que había fundado precisamente la finada. Por este motivo —y por otros muchos beneficios que obtuvo la Casa Profesa mexicana de la Marquesa de la Peña, de entre los que Carranza destaca la donación de collares de joyas a la imagen de la Virgen del Loreto que custodiaba el templo jesuítico<sup>3</sup>— los jesuitas celebraron con esplendor sus honras fúnebres.

La orden jesuita, intelectual y contrarreformista, fue el instituto católico más vinculado a la cultura emblemática, pues utilizó los emblemas como instrumento de propaganda religiosa<sup>4</sup>. El propio San Ignacio y otros relevantes humanistas de la orden establecieron en los planes de estudios de los colegios jesuíticos ejercicios emblemáticos, y así, muchos de sus miembros fueron insignes emblemistas y la contribución de las casas de la Compañía en las celebraciones festivas barrocas de las distintas ciudades europeas siempre contó con jeroglíficos y empresas. Además, la Compañía de Jesús jugó un papel de gran relevancia en la introducción de los emblemas en Nueva España, y fueron responsables, como hizo notar Santiago Sebastián, de la primera edición americana de la fundamental obra de Alciato<sup>5</sup>. Por todo ello, no es nada extraño que sea un jesuita el responsable de la sugestiva serie emblemática que nos ocupa. Le cupo el honor al propio cronista Carranza.

Carranza tuvo dos referentes. Por un lado y de forma decisiva, el apellido de la difunta, de la Peña —representado gráficamente en su escudo de armas—, que permitía un sencillo pero eficaz juego de palabras y metáforas: así, la marquesa fue una roca porque soportó sin quejas y pacientemente "años de penosas enfermedades"<sup>6</sup>; también porque como la bíblica roca del desierto manó raudales de beneficios<sup>7</sup>. Por otro lado, los jeroglíficos de piedras preciosas que los jesuitas destinaron a su benefactora se plantearon probablemente como una justa correspondencia a las joyas que la marquesa previamente les entregó para el ornato de la mencionada imagen de la Virgen del Loreto: el agradecimiento jesuítico era tan grande que con su llanto lloraron las piedras, como brotan de ellas las fuentes<sup>8</sup>.

3 A esta Virgen está dedicada la crónica de las exequias.

4 M. PRAZ, *Imágenes del Barroco (Estudios de emblemática)*, Madrid, 1989, p. 46, edición castellana de *Studies in Seventeenth-Century Imagery*, Roma, 1964.

5 Santiago SEBASTIÁN, *El barroco iberoamericano*. Mensaje iconográfico, Madrid, 1990, p. 250.

6 CARRANZA, *op. cit.*, sin numeración.

7 Ex, 17, 1-7.

8 CARRANZA establece una similitud entre el llanto de las piedras en la muerte de la marquesa de la Peña y las piedras rotas por el óbito de Cristo según el evangelio de San Mateo. Mt, 27,51.

Pero además de estos dos argumentos, lo cierto es que el hecho de recurrir a las piedras preciosas para configurar el elogio fúnebre de una mujer, hay que conectarlo con la sensibilidad aristocrática, femenina y refinada del ciclo rococó, período que representa por otra parte la glorificación de las gemas en el arte de la joyería.

Los jeroglíficos jesuíticos mostraron por lo tanto diversas piedras preciosas —la esmeralda, el diamante, el jaspé, el topacio, el zafiro, el rubí ...—, que se identificaron con virtudes o circunstancias de la dama fallecida, y a la propia marquesa metaforizada en una peña, configurando una inusual serie de emblemas pétreos, que revela los componentes ideológicos de la imagen dieciochesca de la aristócrata en el contexto virreinal.

Si bien Carranza fue el mentor directo de la idea, lo cierto es que su planteamiento enlazaba con una larga tradición cultural que atribuía muy diversos significados a las piedras. La gran variedad de gemas que existe y su particular belleza permitió que desde los más antiguos tiempos las piedras preciosas se consideraran idóneas para metaforizar distintos conceptos, invariablemente positivos, a la vez que se les atribuían distintas propiedades mágicas. Joan Gili, autor de una edición crítica del único lapidario completo conocido en lengua catalana afirma que "la creença en la virtut de les pedres és tan remota com l'home primitiu"<sup>10</sup>.

Para que comprendamos el alcance de la simbología de las gemas en la cultura occidental recordemos brevemente algunas de las principales fuentes literarias: bíblicas, clásicas, medievales y modernas. Ya en el libro del *Apocalipsis*<sup>11</sup> aparecen las piedras preciosas como elemento sustancial de la Jerusalén Celestial. No se describen sus virtudes particulares pero sí se afirma su valor positivo en cuanto que metaforizan la transmutación, el paso a la perfección. La ciencia mineralógica surge definitivamente en Grecia con la publicación del primer lapidario —o historia natural de las piedras— conocido, atribuido a Teofrasto, discípulo de Aristóteles. A partir de este momento, los lapidarios seguirán dos corrientes: la mágica y la científica. La escuela de Alejandría fundirá magia, astrología y el incipiente simbolismo cristiano y estudiará las gemas como objetos cargados de significados. Por su parte, la corriente científica tiene dos grandes valedores en Dioscórides, que en el siglo I AC escribirá el lapidario médico de mayor resonancia en la historia, y por supuesto en Plinio, que en su *Historia Natural* dedica dos libros a las piedras, el XXXVI "En que se contienen las naturalezas de las piedras, y diferencias de mármoles"<sup>12</sup> y el XXVII, "En que se contienen el origen de las piedras preciosas".

---

9 L. MONTAÑÉS y J. BARRERA, *Joyas*, Madrid, 1987, p. 267.

10 *Lapidari. Tractat de pedres precioses*, Text, introducció y glosari de Joan Gili, Valencia, 1977, p. XI.

11 Ap. 21, 18-22.

12 Seguimos la traducción seiscentista de Gerónimo de HUERTA, cuyo título completo es *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo. Traducida por el licenciado Gerónimo de Huerta, medico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Y ampliada por el mismo, con escolios y anotaciones, en que aclara lo oscuro y dudoso, y añade lo no sabido hasta estos tiempos*, Con privilegio, En Madrid, 1624-1629.

Este último capítulo es especialmente interesante, pues repasa los orígenes, composiciones y cualidades de las gemas, como el diamante, la esmeralda, el opacio, el ópalo, etc.

Será en la Edad Media cuando los lapidarios alcanzarán una popularidad extraordinaria —sobre todo en Inglaterra, Francia e Italia—, haciéndose eco de las dos corrientes interpretativas mencionadas anteriormente. Citemos solamente cuatro de los más significativos: el *Liber lapidum seu de gemmis*, del obispo de Rennes, que analiza conjuntamente las virtudes médicas y sobrenaturales de las piedras<sup>13</sup>; *De mineralibus*, de Alberto Magno; el tratado de San Isidoro de Sevilla incluido en sus *Etimologías*; y el *Lapidario* atribuido a Alfonso X el Sabio<sup>14</sup>, que se refiere a las cualidades beneficiosas o perjudiciales que adquieren las piedras por influencia de los astros, —así por ejemplo nos cuenta que el diamante provoca la ira y la esmeralda es curativa—.

Pero pese a que el apogeo de los lapidarios se produjo como hemos dicho en el mundo medieval, también durante la Edad Moderna vieron la luz tratados significativos. En lengua castellana hay que mencionar el libro del boticario, filósofo, teólogo y astrólogo Gaspar de Morales, *De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas* (1598)<sup>15</sup>. Otra obra importante es el *Speculum lapidum* (Paris, 1610) de C. Leonard<sup>16</sup>. Ambos autores expusieron los beneficios otorgados por las gemas a sus poseedores. Según Morales, el jaspé concede la victoria, el zafiro mitiga la lujuria, la turquesa refuerza la vista, el opacio detiene la melancolía, etc. Según Leonard la esmeralda refrena la lascivia / aumenta la memoria, el zafiro vuelve pacífico y piadoso, el rubí mantiene la buena salud, etc. Morales y Leonard hacen de esta manera, lo que ya habían hecho muchos de los autores de lapidarios que les precedieron: establecer correspondencias —no siempre coincidentes— entre piedras y virtudes. Este mismo planteamiento es el que va a seguir Carranza en la serie de jeoglíficos novohispanos que es objeto de nuestro estudio.

Mas si es riquísima la tradición literaria que analizó el universo de las gemas, son muy escasas las fuentes visuales que repararon en ellas. Como vimos al principio no son nada frecuentes los emblemas o empresas que eligen como motivo un tipo de piedra, probablemente, intuimos, por la poca vistosidad normal que permite su representación frente al sugestivo vuelo de un ave o el atractivo perfil de una flor, por mencionar otros motivos naturalistas mucho más utilizados. Incluso en los emblemas alquímicos la presencia de las piedras es

13 Sólo de este lapidario se han conservado más de cien manuscritos en distintas lenguas.

14 En realidad la contribución del monarca consistió en mandar traducir distintos tratados árabes con las piedras clasificadas a partir de los signos zodiacales.

15 La obra fue prohibida por la Inquisición poco después de ser editada y prácticamente desapareció de la circulación. Existe una edición actual a cargo de la Editora Nacional (Madrid, 1977).

16 Mencionado por J. CHEVALIER y A. GHEERBRANT en su *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, 1988, p. 833.

esporádica, limitada a unos pocos minerales, y mínima en el caso de las piedras preciosas<sup>17</sup>.

Sí que están por el contrario ampliamente representadas las gemas en la *Iconología* de Cesare Ripa<sup>18</sup>, obra que como es sabido tiene sus fuentes fundamentales en la tradición cristiana, la cultura clásica, los bestiarios medievales y los propios libros de emblemas. Ripa incorpora piedras preciosas y joyas a multitud de alegorías, siendo aquéllas en muchas ocasiones atributos claves para comprender el significado de éstas. En sus descripciones no aparecen sólo las piedras preciosas que vamos a ver seguidamente sino otras muchas —como ágatas o azabaches—, y por supuesto la gran mayoría de ellas no obedecen a un solo significado sino que acompañan a alegorías muy diversas. Ripa también recurre a la roca o peña para configurar junto a otros atributos, distintos significados, como pueden ser la agilidad, la ambición, la pobreza o la paciencia —este último perfectamente aplicable a Doña Gertrudis por la resistencia con la que soportó sus enfermedades<sup>19</sup>—.

Veamos primero algunos de los jeroglíficos jesuíticos que nos sirvan de ejemplo y seguidamente presentaremos una tabla esquemática que establezca las correspondencias entre piedras preciosas y virtudes en todos los emblemas de la serie, lo que nos permitirá realizar una lectura del conjunto.

El jeroglífico número 5 mostró en su cuerpo un diamante, cuyo fuego interno metaforizó la virtud de la caridad. Fue su mote *Intus, et extra micat*, y su letra:

Esse que vés Diamante luminoso,  
 gran concepto de el Sol, en poco grano,  
 por de fuera con brillo soberano,  
 y en sus fondos tambien, todo fogoso:  
 no brilla; llora si, que lachrymoso  
 del hado acuerda el golpe más tyrano,  
 al cortar un estambre, que de humano,  
 fué de la Charidad dechado hermoso.  
 Su noble corazon fondos tenía  
 de fuego; y à las manos resaltaba  
 el ardor interior, que allá latía.  
 A.sus palmas de el pecho se pasaba;  
 Y es, que por hacer bien se deshacia,  
 La que por dentro, y fuera se abrasaba.

17 Así podemos comprobar en la recopilación de grabados alquímicos que realiza S. KLOSSOWSKI DE ROLA en *The Golden Game* (London, 1988). Existe edición castellana con el título *El Juego Áureo. Grabados alquímicos del siglo XVII* (Madrid, 1988).

18 Primera edición : Roma, 1593.

19 C. RIPA, *Iconología*, edición de Akal (Madrid, 1987), p. 72 y 81 del primer tomo, y 177 y 217 del segundo.

El jeroglífico 18 mostró la amatista, piedra a la que se atribuían propiedades curativas, y que en la composición que nos ocupa hace referencia a la devoción que sintió la marquesa por la Virgen de los Dolores, en la que encontró consuelo a sus propios sufrimientos. Precisamente, donó en su testamento la pintura de la mencionada Virgen a la congregación de la Buena Muerte. Fue su lema, *Lenit amatque dolores*. Su letra:

Ametisto en sus colores  
 tuvo por inclinacion,  
 ternura con la Passion  
 de MARIA, y sus Dolores.  
 su Imagen (pasmó à Pintores)  
 este extremo nos advierte:  
 la apreciaba de tal suerte,  
 que por manda agradecida,  
 hasta no perder la vida,  
 no la dió à la Buena-Muerte.

El jeroglífico 23 se refiere por el contrario a la devoción de Doña Gertrudis por Jesús, y de nuevo es el sufrimiento el que aúna a la marquesa con el objeto de sus rezos. Mostraba un rubí, y establecía un paralelismo entre su fulgor rojo y la sangre divina. Llevó por mote, *Sit mea purpura sanguis*, y por letra:

El Rubí, à quien precioso  
 el roxo nacar, que en sus fondos late,  
 lo obstenta generoso,  
 y en lo encarnado tiene su quilate;  
 con su carmin se abona,  
 digno de Imperio, digno de Corona:  
 a aquella Sangre pinta,  
 que de la mas Divina enamorada,  
 en la memoria, tinta  
 de el roxo mar de la Passion sagrada,  
 entre ayunos, y penas  
 despulsaba lo noble de sus venas.

La tabla que hemos configurado y ahora presentamos recoge la numeración del jeroglífico —tal como aparecen en la crónica de Carranza—, la cualidad característica de cada piedra que permite la interpretación emblemática, la virtud o concepto con la que se identifica, y como contraste, algunas alegorías de Ripa que incorporan las distintas gemas.

Nº	PIEDRA	CUALIDAD	CONCEPTO	A. RIPA
B	imán	atrae	muerte	-----
C	oro	riqueza	generosidad	-----
D	rubí	brilla	fe	contento
E	esmeralda	color verde	esperanza	virginidad
F	diamante	fuego interior	caridad	necesidad, crueldad
G	jaspe	opacidad	generosidad	gracia
H	ópalo	destella	conformidad	-----
I	pedra y águila	contraveneno	maternidad	-----
J	pedra y perlas	donación	generosidad	gracia
K	manos y perlas	donación	generosidad	gracia
L	topacio	resplandece	voluntad	pudor
M	mármol	sepulcro	dolor	cielo
N	pedra y perlas	donación	generosidad	gracia
O	conchas	donación	generosidad	-----
P	pedras preciosas	templo	dolor	cielo
Q	sortijas	donación	generosidad	castidad
R	berilo	fulgor	valor	-----
S	amatista	medicinal	devoción	defensa
T	cristal	reflejo	valor	-----
U	pedra y cáliz	donación	liberalidad	-----
V	zafiro	color azul	devoción	reconciliación
W	coral	donación	generosidad	defensa
X	rubí	color rojo	devoción	contento
Y	pedra de leche	limosnas	caridad	-----

Como podemos apreciar, además de las piedras preciosas aparecen otros materiales valiosos de origen marino como perlas o corales —que sin embargo sí entran en la clasificación de gemas<sup>20</sup>—, o minerales como el oro. De las distintas propiedades de todos ellos —que van desde cualidades particulares a los colores, pasando por las diversas funciones que cumplen— se desprenden virtudes —fe, voluntad, etc— o circunstancias —muerte y maternidad— de la finada. Tan sólo dos jeroglíficos no aluden directamente a ésta y ofrecen como asunto al dolor de los jesuitas mexicanos por la muerte de su benefactora.

No hay ninguna relación iconográfica entre las virtudes con las que se corresponden las piedras jesuíticas y las que diseña Ripa. Ello no debe extrañarnos. Como dijimos anteriormente en la *Iconología* de Ripa las gemas no tienen un significado único, sino que cada una puede formar parte de diversas alegorías —a veces de significados muy distintos—, pues el tratadista de Perugia

20 L. MONTAÑÉS y J. BARRERA, en su *vademecum* ya mencionado en nota anterior, precisan términos como piedras preciosas, piedras semipreciosas y gemas. Nosotros en nuestro estudio usamos indistintamente las voces gemas y piedras preciosas.

utiliza las piedras preciosas como uno más de entre los varios motivos simbólicos que entremezcla y combina para configurar cada concepto, no estableciendo por ello un sistema definitivo de correspondencias piedra-virtud.

Pero las virtudes deducidas de las gemas y referidas a la marquesa en los jeroglíficos de Carranza en realidad son muy pocas pues los conceptos se repiten mucho: las virtudes teologales, la piedad religiosa, el valor frente al sufrimiento de la enfermedad y frente a la propia muerte y sobre todo su generosidad.

Esta última es sin lugar a dudas la virtud más ensalzada: siete jeroglíficos aluden a la generosidad y liberalidad de la marquesa y dos más a su caridad<sup>21</sup>. Se destaca por lo tanto su desprendimiento en dar parte de sus riquezas a la comunidad jesuítica y a los pobres. La apología de esta virtud es lógica en cuanto que la Casa Profesa organiza estas exequias para demostrar su agradecimiento por los beneficios que obtuvo de la difunta. Pero más allá de esta circunstancia, se dibuja un retrato de dama de la nobleza cuyo principal cometido social consiste precisamente en donar liberal y continuamente dinero y joyas. Dicha imagen conecta con el perfil del aristócrata ilustrado que generosa y elegantemente comparte una fracción de sus riquezas con las clases populares menos favorecidas —si bien aquí la beneficiaria de la liberalidad de la marquesa de la Peña es la Iglesia, y concretamente la Compañía de Jesús—.

Junto a la generosidad de la marquesa se elogian también, como hemos dicho, su talante cristiano y su compostura frente al sufrimiento propio. Podemos suponer que verdaderamente Doña Gertrudis de la Peña ostentó estas cualidades, pero no es arriesgado imaginar, dado el decisivo papel mitificador de los programas simbólicos en las exequias barrocas<sup>22</sup>, que estas virtudes están referidas más a un concepto de la labor y la responsabilidad social que desempeña una determinada clase —la nobleza— en su versión femenina que a un personaje concreto.

El retrato ideal de la dama aristocrática que se define en los jeroglíficos aún adquiere mayor significado por ser su contexto la sociedad virreinal, donde la nobleza española gobierna y administra un continente poblado por criollos, indios y mestizos, y donde las distancias sociales son mayores que en la metrópoli. Ello permite una mayor facilidad en la homologación de comportamientos y virtudes públicas de los personajes que a través de las celebraciones festivas se convierten en espejos sociales, como es el caso de la marquesa de la Peña.

---

21 Las referencias a la generosidad y caridad sí parecen seguir postulados de Ripa pues en su metaforización se destaca el fuego interior de las piedras, como en el diamante, y el iconólogo perugino se refiere al fuego interior de la caridad. *Op. cit.*, tomo I, p. 161 y ss.

22 Por lo que respecta a Nueva España, la función mitificadora de las honras fúnebres queda patente en los trabajos entre otros de F. de la MAZA, *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México*, México, 1946, J. M. MORALES FOLGUERA, *Cultura simbólica y arte efímero en Nueva España*, Granada, 1991 y en nuestro estudio *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, en prensa.

Tal como aparece retratada en los jeroglíficos lapidarios que hemos analizado, la aristócrata española que reside en el virreinato de Nueva España en la primera mitad del siglo XVIII es una dama generosa, cristiana y de gran entereza. Caridad, Piedad y Valor son pues las virtudes que adornan su aderezo moral. Este discurso ideológico subyacente en los jeroglíficos pétreos de Carranza se reforzó —oral y literariamente— por medio del sermón fúnebre que predicó el jesuita Juan Antonio de Oviedo, provincial de la orden<sup>23</sup>.

La serie de emblemas pétreos que hemos presentado y analizado no deja de ser un caso particular. Procede ahora buscar otros ejemplos similares en la abundantísima literatura de fiestas, con el fin de contar con un material más amplio que nos permita establecer correspondencias entre los significados de las piedras preciosas en las distintas posibles series. De este modo podremos determinar el alcance de la simbología de las gemas en la emblemática —que indudablemente, y como hemos puesto de manifiesto, existió— y apreciar si ésta respondía en los diferentes casos a criterios comunes basados en la tradición literaria precedente o si, por el contrario, la identificación gema-virtud obedeció habitualmente a la arbitraria imaginación del mentor.

En cualquier caso, y por lo que respecta a la intención última de los jeroglíficos que hemos analizado, podemos constatar como, una vez más, los emblemas constituyen un eficaz recurso icónico-literario para mostrar retratos sociales: en otras ocasiones ha sido el príncipe, el prelado o el valido. En esta ocasión, partiendo de uno de los espejos de la naturaleza menos frecuentes en la emblemática, el mundo de las gemas, se diseña el perfil virtuoso de una dama de la aristocracia, cuyas cualidades humanas encontramos solidificadas en el fulgor de las piedras.

## RESUMEN

Una serie de jeroglíficos jesuíticos novohispanos del siglo XVIII, diseñada para decorar el catafalco de una marquesa, configura un inusual ejemplo de emblemas lapidarios. Su análisis nos permite conocer conjuntamente el significado de las gemas en la ciencia emblemática y la imagen de la dama aristocrática en la sociedad virreinal y rococó.

## PALABRAS CLAVE:

Gemas. Jeroglíficos. América. Lapidarios. Aristocracia.

---

23 Fue su título *Muger fuerte, Sermon panegyrico, y funeral, que en las solemnes Honras, que la Casa Professa de la Compañia de JESUS de Mexico celebrò a su insigne bienhechora, y patrona de su Iglesia, la mui illustre señora Marquesa de las Torres de Rada, la señora doña Gertrudis de la Peña, el dia 28, de Abril del año passado de 1738.*